

**L**a especulación del oro acaba de alcanzar nuevos records: un alza del 20 por 100 en la última semana. Otra vez el alza del oro señala una de las etapas de la baja del dólar, baja admitida y utilizada por Nixon como un arma americana contra los competidores europeos y japoneses.

El 18 de septiembre de 1971, el Presidente Nixon anunció la devaluación del dólar en un 8 por 100. Ante los ministros de finanzas del mundo entero declaró «es el acontecimiento monetario más importante de la historia mundial». Y predijo un largo período de estabilidad financiera internacional. En el mercado libre de Londres la onza de oro valía 33 dólares.

El 13 de febrero de 1973 el Presidente Nixon anunció una nueva devaluación del 10 por 100. Los grandes especialistas del mundo declaraban: «Las nuevas paridades del cambio están perfectamente equilibradas entre las grandes monedas», y en el mercado libre de Londres la onza de oro valía ya 72 dólares, lo que representaba un alza del 75 por 100 con respecto a la devaluación precedente desde la que solamente habían pasado catorce meses.

El 9 de mayo de 1973, Flanigan, consejero del Presidente Nixon, deja entender que en los próximos meses podría producirse una tercera devaluación del dólar. Otros funcionarios desdijeron estas palabras, pero, en unos días, el oro subió en un 20 por 100 en los mercados libres. Y en Londres la onza sobrepasó la cotización de 110 dólares para estabilizarse después en 105 dólares al finalizar la semana pasada.

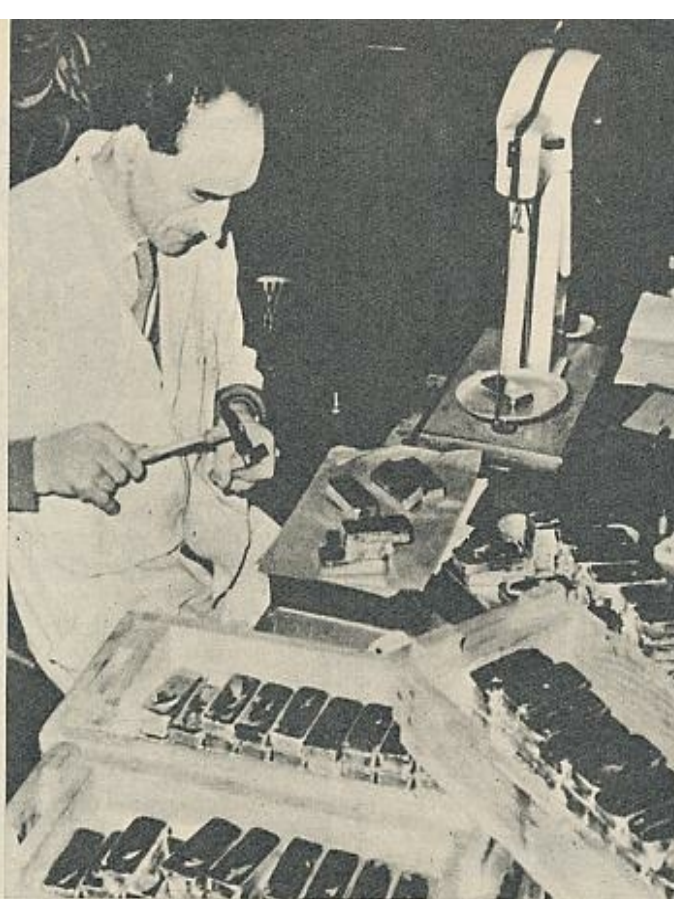
Esta desconfianza hacia el dólar es debida a múltiples factores que producen un efecto de bola de nieve:

1. El asunto del Watergate ha debilitado las posiciones del Presidente Nixon, y ciertos inversores internacionales han temido la eventualidad de su dimisión, que provocaría un «crack» en Wall Street, un éxodo masivo de los fondos extranjeros invertidos en EE. UU. y una caída brusca del dólar.

2. Ni después de la primera, ni después de la segunda devaluación del dólar, el Gobierno americano ha tomado las medidas de restricción financieras que se imponen en semejantes circunstancias. Para mantener la expansión de la economía en los EE. UU., el Gobierno ha seguido practicando el déficit masivo del presupuesto y ha continuado inyectando capitales en la máquina económica dejando abiertas las compuertas del crédito.

3. Después de haber decretado la estabilización de los precios en 1972, cuando el alza era solamente de un 3 por 100, Nixon restableció el régimen de libertad a comienzos de este año. Hoy, el ritmo del alza es del 9 por 100 (tasa anual), y el poder de compra del dólar, interior y exterior, disminuye en la misma proporción.

4. Ciertamente, las devaluaciones del dólar han permitido cierto



# EL ALZA DEL ORO Y LA ESTRATEGIA AMERICANA

restablecimiento de la balanza comercial, cuyo déficit sufrió un descenso de 1.400 millones durante el primer trimestre para quedarse en 400 millones durante el mismo período de 1973. Pero las salidas de capital no han sufrido restricción alguna por parte del Gobierno de Washington, que desea dejar invertir libremente en el extranjero a las sociedades multinacionales norteamericanas. Por esta razón, el déficit de la balanza de pagos de los EE. UU. ha alcanzado, durante el primer trimestre de 1973, el record de 10.200 millones de dólares.

5. Desde el 15 de agosto de 1971 el Presidente Nixon ha hecho que el dólar fuese inconvertible en oro y en otras divisas en las transacciones entre el Tesoro americano y los Bancos centrales extranjeros. Es por lo tanto una moneda que no cuesta a su Gobierno más que el precio del papel necesario para su impresión. Como

éste imprime mucho, los poseedores, naturalmente, desconfían.

6. Hay por lo menos ochenta mil millones de dólares en circulación por el mundo (sin contar los ciento cincuenta o doscientos mil millones de dólares que poseen las tesorías de las sociedades multinacionales), y el Gobierno americano no quiere ni puede reembolsarlos. Los poseedores de esta enorme masa de capitales se asustan y buscan la forma de desembarazarse de ellos.

Hasta este momento, los especuladores que jugaban a la baja del dólar convertían esta moneda en divisas fuertes de otros países. De esta manera han realizado enormes beneficios comprando marcos, francos suizos y yens japoneses y provocando sus revaluaciones sucesivas. La especulación sobre el oro se efectuaba paralelamente, pero de una manera limitada que podríamos llamar de artesanía. Los

directores financieros de las firmas multinacionales no eran partidarios de acumular lingotes en sus cajas fuertes.

Actualmente las cosas han cambiado. Los jefes de los principales petrolíferos del Oriente árabe, poseedores de miles de millones de dólares, han sido siempre grandes aficionados al oro. Hoy figuran entre los principales compradores del mercado. Y los financieros de las grandes plazas occidentales siguen este ejemplo.

La especulación del oro es más beneficiosa cuanto más reducido es el mercado del oro. Los dos principales productores, la Unión Sudafricana y la URSS, frenan sus ventas para reforzar la tendencia al alza.

Los Bancos centrales, que controlan la mayor parte del oro, no tienen ningún interés en venderlo puesto que, según los acuerdos del Fondo Monetario Internacional, tendrían que venderlo al precio oficial de 42 dólares la onza, que es tres veces inferior a su cotización en el mercado libre.

Mientras el mundo occidental siga en plena inflación y los Gobiernos resulten impotentes para dominarla, mientras el dólar esté minado por el déficit crónico de la balanza de pagos de los EE. UU., el oro tenderá a continuar su tendencia alcista, que ha alcanzado ya un 250 por 100 desde el final de 1971.

Para ciertos países que son productores importantes o poseedores de oro, como la URSS, la Unión Sudafricana, Francia o Italia, este alza del oro presenta ventajas considerables, ya que aumenta el valor de las riquezas nacionales.

Para los EE. UU., que son aparentemente los más perjudicados en todo este asunto, puesto que tienen poco oro (solamente once mil millones de dólares), la baja del dólar debería representar un «handicap».

Sin embargo, en la estrategia económica y financiera de Nixon constituye, por el contrario, una baza comercial que el Presidente está decidido a aprovechar al máximo. Porque, para hacer más competitivas en el mercado mundial las mercancías americanas, Nixon juega sistemáticamente con la devaluación de su moneda. Ya ha devaluado en un 18 por 100 el dólar y obligado al marco y al yen a fuertes revaluaciones. Durante el «Nixon round» pretende obtener importantes reducciones de los derechos aduaneros en los mercados donde estos derechos obstaculizan la entrada en masa de productos manufacturados o agrícolas «made in USA». Pero sean cuales fueren las concesiones comerciales obtenidas por los EE. UU. en el «Nixon round», no tendrán ni punto de comparación con las ventajas que se derivarían de una tercera devaluación del dólar.

Frente a este peligro, los europeos, si se pusiesen de acuerdo, podrían replicar amenazando con llevar a cabo simultáneamente una devaluación equivalente de sus propias monedas. Esto no parece probable por el momento. ■ JACQUES MORNAND.